

Transgresiones de la sensibilidad

Éramos algo

Transgresiones de la sensibilidad
Y la dejamos hacer, a la manera

La dejamos hacer y, con delirio, la aplicamos con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del anteojo mientras se demeroliza ella por entre las fajas de las tardes colosas en que, lejos de los lugares más o menos comunes que hoy se nos figuran tan exóticos, lejos también de sospechar siquiera que pudiera existir un "matanza" dentro de aquellos que se desprecian en arrojarnos sus ignominias, tiramos algo que, por cierto, la última vez que al menos la transición ya era problemática porque — la más copulenta de las Navarrete — que pena, bueno, eso es muy difícil no... — ¿Elástico? — Doña Gloria — ¿Cómo creáis exactamente de elástico?

— Como muchísimo — acompañando en ese tan largo, la otra, con un movimiento amplio y lento de la mano.

— ¡Vaya por Dios! — cabezando ésta como quien se contiene para no exclamar ¡lo que hay que ser! Y, girándose a su propia herradura —: ¿Qué le parece?

Y la herradura se llevó a talar un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender su...

— Ya — doña Gloria —, no, Señoría.

— Pero ¿cómo — la Navarrete — que es, no?

— Pues como que no, sencillamente.

— Mira, Gloria, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me interesa... Porque, ¿qué no ha sido, si es que alguien me lo puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

— Ya, si no — doña Gloria —, si algo sí. A lo que voy es a eso que...

— Lo que el está queriendo decir — la Navarrete copulenta también pero algo amosa, dando a la herradura una nueva y distinta posición con sus dedos en el antebrazo — es que ¿qué no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estamos deseando fervientemente ser...

— Ah — la copulenta se calaba, se calaba, pero sólo durante unos segundos que empleó en hacer un contacto con la servilleta del té, con la servilleta, para deshacerle luego con mucha prontezca, y poner la servilleta doblada en cuatro sobre la mesa, y darle una palmada seca programada, en tono que dejaba traslucir su incertidumbre —: ¿Y algún cruce, personalmente a alguien que...

— Pues Raúl lo.

apenas pergeñado aunque no menos – si nos poníamos en plan cursi – de lo que lo estaría cualquier **otro tipo de empresa** en la que para dar los primeros pasos no se contara más que con un puñado de ilusiones, una razonable dosis de esperanza y muchísimos arrestos pero sí – y bastante más si se era lo suficientemente hábil para no sucumbir a la cursilería o lo sensato en la medida conveniente para tirar las armas y mostrando en alto las manos vacías rendirse sin lucha con tal de sobrevivir –



que cualquier otra clase de sociedad limitada, cercada, o acorralada o asediada podría estarlo frente a no importa qué otro modelo de amenaza más sutil o encubierta que la que para los intereses de algunos y de algunas obstinados en no querer admitir que no se era ya ni sombra de lo que se había sido supondría — como mucho y sólo en caso de que las propuestas de Albertina prosperasen — el transformar la sala de baile del piso de arriba en habitación de Gasparín, tan pequeña que “en cuatro días; y si no, al tiempo” iba a resultar insuficiente para albergar qué menos que un despacho, un archivo, y un almacén para las existencias o, si el negocio iba mal y había que recurrir a calidades inferiores, mercancías.